

001 = 6 (Anu

12

1682

quida

brújula

Z
1682



o confundirla con "Brújula"

"BRUJULA"

Revista de la...

Año 1934: Contiene Enero y Febrero

enero

AÑO I **BRUJULA** NÚM. 1

27 MAR 1934

Director:
CARLOS PITTALUGA

Subdirector:
MANUEL AZNAR

COMITE DE REDACCION

Luis E. Arnillas ♦ Javier Aznar ♦ Alvaro D'Ors ♦ Gregorio
Marañón Moya ♦ Joaquín Martínez de Velasco ♦ Alvaro
Maura ♦ Emilio Mezquita



SUMARIO

Saludo ● Tenso y sin presa, por Jorge Luzuriaga ● La cruz y la cara, por Fernando Alvarez Aguirre ● Tío vivo, por Germán Plomonte ● Tierras de España, por Dionisio Fernández ● Greguerías, por Carlos Pittaluga ● El hiperespacio de cuatro dimensiones, por Francisco Torras Serratacó ● «Un viaje a Laponia», por Rafael Sancho ● Apuntes al pasar..., por Gregorio Marañón Moya ● Constantinopla, por Emilio Mezquita del Cacho ● Exposición de fotografías del crucero Mediterráneo, por Joaquín Martínez de Velasco ● Pintura indigenista peruana, por Luis E. Arnillas.

PRECIOS DE VENTA:

Por número, 1 peseta.

Suscripción al año, 12 pesetas.

Portada de Carlos Pittaluga

S A L U D O

Al aparecer nuestro primer número de BRÚJULA queremos que vaya con él nuestro saludo.

Tenemos el propósito de hacer una Revista —según nuestro criterio— aмена. Es nuestra idea alejarnos de hacer un catálogo de noticias ni de sucesos más o menos interesantes ni más o menos de carácter mundial.

Aparecerán en ella temas que, si tienen otros valores además del propio, son el de nuestra opinión.

Publicamos esta Revista con pleno conocimiento de nuestras limitaciones, las cuales tratamos de suplir con el entusiasmo que ponemos al hacerla.

Tenso y sin presa

Por Jorge Luzuriaga.

A la busca del logro, Gaspar Enmarcado esperaba, arco tenso, la sombra indeterminada de esfumadas intuiciones. A lo hondo, niebla auténtica del ser, un relámpago inapresable. Tenso, tenso y sin presa.

Van pasando, ángeles de pluma negra, logros ajenos, y ninguno —triste nada— es sí mismo. Y, sin embargo...

Hondo, hondo, una posibilidad inapresable. Ya no es relámpago, es quieta niebla que duerme entre senos de montañas. Son dos cumbres las que emergen hacia afuera, las que se muestran a ajenas contemplaciones, y es en el dédalo—¡cara palabra!—de allá en lo hondo, en un valle cubierto por mar de nubes, donde se crean, laboratorio concentrado, productos estimables.

Tenso, tenso y sin presa. El inútil esfuerzo, impotente, se desparrama por los nervios en un cansancio que es otro signo, absorbente, de inutilidad. Y, sin embargo, logra alcanzar el depósito de supremas posibilidades—¡allá en lo hondo!—y a pesar de todo inapresable.

Tenso, tenso, el esfuerzo buscador de honduras que se troca, triste, desesperadamente en un ensueño nebuloso, tranquilo—y, sin embargo, ¡desesperado!—, signo, marca, estigma de su inutilidad.

Existente, quieto, y, sin embargo..., ¡inapresable!

La cruz y la cara

Por Fernando Alvarez Aguirre.

Julio César, al decir de Shakespeare, prefería los hombres gordos a los delgados para su corte, porque los delgados pensaban demasiado para ser fieles cortesanos. Pensando en los grandes hombres, y en los hombres grandes, que vivieron anteriormente al llamado triunfo de la razón, esta escena se me venía a las mientes y me decía: ¿Será esto así también para los espíritus? ¿Será el espíritu de dos caras, de dos lados; el espíritu delgado superior al espíritu regordete que tiende a la esfericidad? Y mirando en aquellos hombres la contestación, ha salido por sí sola, porque al ver a los representantes en el espíritu de lo que llamamos Edad Media —y no siento temor a traer aquí esta palabra, a pesar de que con la Edad Media se está haciendo ahora algo semejante a lo que los hombres de la casita blanca del paseo de Francisco Giner hicieron y siguen haciendo con Krause, el filósofo oscuro y desconocido—, se hace preciso admitir la superioridad del espíritu esférico. Aquellos hombres que necesitaban la admisión de una serie de postulados superiores a ellos mismos para vivir, admisión por la cual se hacían verdaderamente libres, hombres en quienes el vivir no era sino el recorrido de un cangilón en la noria de su existencia, poseían ciertamente esta envidiable esfericidad. Su contenido ideológico y su acción en la vida nacían de una forma esférica. En ellos toda la vida

surgía de un centro, y al mismo centro iba a parar toda la vida ; ellos no hacían sino la labor gloriosa de reflejar la luz que el centro enviase, darle el brillo propio y mandarla nuevamente a su origen, que al fin y al cabo era al mismo tiempo su fin principal. Su actitud ante el mundo era completamente diferente a la que luego tomarían los hombres ; para ellos el mundo no había cobrado todavía la completa independencia respecto al centro que les daba la luz ; del mundo tomaban todo cuanto a su paso hallaban, y luego, limpiándolo de barro en el paso por sí mismos, lo enviaban a la luz, al Centro de sus ideas y de su vida misma. No eran ellos solos los que habían de ir hacia el Centro ; tomaban también el mundo y le hacían servir a Aquél.

La igualdad entre las dimensiones de la esfera nos impide diferenciar entre su alto y su ancho ; todo en ella, y por razón de su unidad que se funda en su punto central, es armónico. En aquellos espíritus integralmente constituidos en un integralismo sano, desde luego completamente diferente de ese integralismo moderno, que más bien es desintegración en multitud de fracciones, incapaces a las veces de pensar en conjunto, y mucho más aún, por razón de su pequeñez, por separado, esta idea se realizaba espléndidamente. Todo en ellos es armonía y belleza y todas sus dimensiones, como provenientes de una sola cosa que las animaba a todas, se confundían en una alegre fiesta de igualdades, y fueron ellos los que parecían haber entrado ya en la posesión de esa cuarta dimensión de que tanto se habla en estos días.

Espíritus esféricos. Vidas grandes que se dirigen hacia un solo punto, y ¿qué problemas sociales podrían surgir entre estos hombres que ven que el origen, el alimento y el fin de su vida es igual al que posee el de al lado y el de más allá ? ¿No estarían en la posesión de esa fraternidad humana, tan lejana de esa otra fraternidad que en los tiempos presentes se preconiza y cuyos fundamentos se encuentran en lo biológico ? Aquéllos se fundaban en lo que *es* ; éstos, en lo que *está*—y hallan en él la fuente y el fin de su sabiduría, la fuente auténtica de su ser—. ¿Acaso podríamos ser otra cosa que lo que el Ser

nos dé en participación? Espíritus esféricos que no tocan más que un punto sobre la tierra, y por este su mínimo rozamiento, que alcanza tan distintos lugares, transcurren suavemente, sin rozamientos, sin brusquedades, por la tierra misma. Espíritus bellos y completos en los que caben infinitos planos de simetría y en los que la disección más escrupulosa no hace, al descubrir el Centro, sino encontrar cada vez más Luz y más Verdad; una Luz tan grande, que es incomprendible; una Luz tan fuerte, que ciega las miradas. Y esa luz de aquellos hombres, y de bastantes otros después, se filtraba por su superficie para salir al exterior, y de ella nos ha quedado el recuerdo de sus escritos y sus ideas, de sus palabras y de su vida misma.



Luego, más tarde, cuando el hombre fué separando mucho el concepto de verdad del de Verdad con una sutileza cada vez mayor y que iba desfigurando todo, la dualidad mundo-Dios, como coexistentes, tomó forma completa, bien que muchos con la palabra lo negasen; poco tiempo después, para poderla comprender, los espíritus sinceros hubieron de crear un panteísmo exacerbado, y la mayoría de aquellos que querían conservar la idea-luz, la idea-centro, fueron perdiendo su esfericidad y en muchos de ellos el espíritu se convirtió en algo achatado, deforme, con gibosidades en gran número. Para defenderlo podría decirse que así se rompía la monotonía de la esfera; pero es que en su monotonía, esa monotonía que tiene en sí algo de lo que es, y que es tan diferente de esa otra monotonía moderna con apariencias de variación del devenir del espíritu al estilo hegeliano, estaba precisamente su belleza, porque era la monotonía auténticamente llena de variaciones de lo hermosa y armónicamente organizado.

El espíritu, a fuerza de querer ser grande, se deformó y perdió su Centro y quiso hacerlo algo exterior a él, algo que tener detrás para mirar de cuando en cuando con mayor o menor complacencia y con más o menos apariencia de admiración y respeto; pero lo cierto es que lo dejó detrás como un chisme que no servía ya para

los asuntos de la vida. El mundo tomó cuerpo real frente a Dios.

Y ahora, triste, pero naturalmente, los más de los espíritus están desfigurados completamente, la mayoría son manchas sin forma; otros intentan la esfericidad poniendo en el Centro una idea oscura y sin luz propia, con la idiota pretensión de que en la tierra puede haber luz del día sin la luz del Sol, y caen por ello en una absurda autoadmiraación y autoelevación, que en esta ocasión es descenso, y en la mayoría de los que quieren, o aparentan querer, conservar la luz primitiva se observan formas de moneda con su cara y su cruz. La «cruz a Dios y al diablo» del dicho castellano tiene su más perfecta realización. El hombre de espíritu en forma de moneda, con su arista fina, única separación entre sus dos caras, a pesar de ser tan opuestas, quiere sostener la cara y la cruz, y todo lo más que hace es, como el niño pequeño que se echa las manos a la espalda para ocultar la golosina que robó a su madre y no se da cuenta de que sus labios todavía chorrean, cuando pone al descubierto la cruz—¡y qué temor parece tener a hacerlo!—; es tratar de ocultar con la palma de la mano la cara para ver de engañar a la cruz, pareciendo desconocer que no puede existir moneda con un solo lado, que no se puede pensar en un cilindro sin dos bases. Y muchos quieren sostener la moneda de canto, pareciendo ignorar lo difícil del ejercicio y que al menor empuje del viento la moneda cae. De qué lado suele caer no es preciso decirlo.



Pero en estos últimos años surge por todas partes el grito vibrante de los hombres, las más veces jóvenes porque tienen más vida, que se sublevan contra este espíritu; por todas partes surgen campeones que quieren llevar nuevamente a la vida estos valores trascendentales que parecen haber ido desapareciendo; por todas partes surgen los predicadores del sentido ponderativo, de la jerarquía de valores, que al fin y al cabo el problema es de ordenación y subordinación de valores, lo que equivale a decir de exaltación del criterio

moral y religioso. En muchos sitios oímos ya los gritos, que tienen más de esperanza que de lamentación, de los hombres nuevos de vista clara y luminosa que huyeron de la miopía de espíritu y saben calocar cada cosa en su plano, en una colocación que no puede dar sino el acercamiento a la Verdad.

Desde aquí queremos sumar nuestro grito al suyo. Son muchos, pero todavía son pocos. ¡Vayamos a la defensa y exaltación de estos valores enormemente viejos y eternamente nuevos, por cuanto que son mucho antes que nosotros, pero en nosotros tendrán una nueva y auténtica realización. No se trata de volver atrás, sino de avanzar con la suavidad de la esfera que recibe el impulso para colocarnos por delante de todo y de todos. De lo que ha sido tendremos que vivir, porque es la herencia, manejando la cual habremos de crear nuestra conciencia; pero es preciso que nuestro espíritu tome de esos moldes viejos tan sólo lo útil para hacerse luz y armonía, para llegar a la esfericidad de espíritu, que al mismo tiempo que redonda es la más punzante y la más aguda forma en lo que al espíritu se refiere. Se hace preciso huir de la vieja hipocresía para no caer en el estilo de muchas corrientes actuales, en una hipocresía mayor y más degradante; se hace preciso la existencia de almas fuertes que tiendan a la Verdad y que de la Verdad quieran recibir todo y que, como aquellos otros hombres, dejen salir de sí el espejo de sus ideas y el fruto de sus pensamientos.



Tierras de Toledo serias y enjutas, evocadoras de las otras viejas de Jerusalén, tierras de Vida y de Verdad: en vosotras está la realización más completa de todas estas viejas ideas, y es en el rojo de vuestra existencia, aparentemente fría, pero en el fondo todo calor y levantamiento; el santo misticismo de vuestras entrañas que vuestro exterior lamido por los tiempos oculta en su suavidad, en vuestro vivir espantosamente austero y al mismo tiempo terriblemente desbordante de energías, en donde los hombres que hablan de una España nueva puedan aprender lo que es y debe ser la vida.

TIO VIVO

Por Germán Plomonte.

*Un tejado y un suelo
alrededor de un eje vertical
marchan unos instantes.*

*Llevan adornos.
Son sus caballos.
Ciervos van con ellos.
Carros.
Y elefantes blancos.*

*Tiene todo el aspecto
del palacio indio.
Por la noche, caliente ;
por la mañana, frío.*

*Los caballos,
que parecen tímidos provincianos,
titubean antes de sumergirse.
Algunos tiran del carro.
Pero—oh suerte—todo es juego,
y no falta el valor.*

*Va detrás un león rojo y feo.
Y a breves intervalos,
un elefante blanco.*

*El ciervo contento,
como en su bosque salta.
Lleva una silla.
Sobre ella, una niña.
Llora, porque tiene miedo.*

*Y sobre el león,
rojo y feo,
un niño valiente,
que tiene presa su mano
entre los dientes afilados
del rey del reino irracional.*

Y vuelve el elefante blanco.

*Y vuelven amazonas y jinetes,
todos ellos valientes,
sobre sus caballos,
tímidos provincianos parecen.*

Se oye música desafinada.

*Se oyen risas. Otros caballos,
azules ahora, rojos los que siguen.*

Alegría.

*Pasa la niña miedosa,
sentada sobre la silla
del ciervo. Todo marcha
más de prisa.*

No se ven casi los rostros.
Caballos, caballos, caballos,
El león feo y rojo,
carros, tirados por caballos.
El ciervo.
Vuela casi el elefante blanco.

Miradas, sonrisas, saludos.
Parece un viaje al nuevo mundo.

Un caballo, un ciervo,
el león rojo y feo.
Un carro.
Otra vez el elefante blanco.

Siguen las vueltas, sigue el retr,
y todos ríen, viajan y viajan
sin fin.

Sobreviene la calma:
Para el inmueble mueble.
Los viajeros descienden.
Abrazos, saludos,
parece que han llegado de lejos.
Todo parece verdad.
Y en realidad—oh suerte—todo es juego.

Alrededores de Siman-
cas.



Alrededores de Siman-
cas.





Salamanca. Fachada de Iglesia de las Dueñas.



Salamanca.—Patio del Seminario Conciliar.

Tierras de España

Por Dionisio Fernández.

Dos noticias tengo por muy ciertas sobre Chinchilla : que hay muchas perdices y que disfruta de un clima bastante fresco. Y también puedo asegurar que desde el cerro donde está el pueblo y el presidio al frente, el amanecer ha de dar un escalofrío de planada limitada sólo allá en el horizonte del Sur por unas sierras coloreadas.

Como atraídos por la señal vamos a ver las serranías, y hemos de cruzar mucha tierra clara antes de llegar. Al ir acercándonos vemos que las sierras que veíamos son como vanguardias y telón de un panorama interminable de picos y masas, lejanos o no, de color gris, pero separadas unas líneas de otras y dejando llanadas amplias.

Las sierras están casi peladas ; sólo esparto, esparto casi raquí-tico.

Y todo seco. Ya dejamos la llanura de Albacete, donde el agua abunda en el subsuelo. Ahora sólo se encuentran algunos charcos grandes, debidos a una capa impermeable de terreno que ha impedido la absorción de la lluvia. Son los navajos, de donde cogen el agua para los animales y las necesidades groseras de la casa. En medio de los llanos está la casa de labor ; desde ella se ven casi todos los campos. Está solitaria. A su lado está, como figura inseparable, como dioscecillo familiar, en forma de perro sentado sobre sus patas posteriores, el aljibe. Alrededor se mueve algo : las gallinas y a veces los pavos.

Más al Sur, más al Sur. Ya se va levantando el terreno y ya vemos también algunos pinos solos, en pequeños grupos o en bosquecillos. Más montes pelados separados con llanos en medio... Un pueblo grande : Tobarra.

Tobarra : huerta de albaricoqueros, olivos, manzanos. En la estación, las mujeres gordas, vestidas de ropas de grises descoloridos, venden agua buena.

El mismo paisaje. Los cerros con esparto, pero este esparto no es ya raquítico, sino frondoso, de un color fuerte que hace verdear las extensiones del monte. Los olivares abarcan su gran superficie y hacen pensar en las huertas morunas.

Pero aún se ha de intensificar más el panorama en una gran área. La huerta de Hellín. Como toda fortaleza consistía en los puntos estratégicos, sobre un peñón construyeron el castillo, hoy desaparecido. El pueblo ya fué romano y debió de tener importancia, pues se han encontrado multitud de objetos y documentos ; y lo triste es un descubrimiento de no hará más de dos años : un magnífico mosaico que ni siquiera se ha puesto al descubierto. El pueblo grande se desparrama desde arriba por la base de sus dos colinas. Por la noche, en la torre del Rosario tiembla una luz que sirve de guía a los aldeanos. La luz es engañosa : nunca se llega a ella. Desde el cerro del castillo contemplamos el panorama : abajo, la huerta. En los alrededores de la ciudad, edificios grandes y de color de tierra ; son los almacenes del esparto ; también hay unas chimeneas altas, las de las fábricas de tejas y ladrillos. A lo lejos, la estación. Más fábricas : de aserrar maderas, de harinas. Más cerca, la plaza de toros.

Nos alejamos de la huerta hellinera y vamos hacia la Sierra del Segura. El río Mundo se nos aparece turbulento, de color de tierra ocre : del mismo color de los peñascos que se yerguen sobre él. Estamos—hemos de recordar—ante un régimen fluvial mediterráneo, donde, por la pendiente y despoblación de los montes, las aguas se precipitan arrolladoras, arrastrando piedras y tierra. Son los aluviones que luego sufrirán Valencia y Murcia y los pueblos más litorales.

Más al Oeste el esparto se hace peor, aparecen los pinares y los horizontes se cortan pronto. Las ramblas : barrancos grandes con laderas pobladas de pinos, romeros, lentiscos. Estamos en lo agreste de la Sierra. Ahora todo es fragosidad de picos, brucas pendientes y cortes de terrenos. Solamente aparece de vez en cuando un trozo pequeño donde se cultiva el centeno o a lo más la avena o la cebada, pero el trigo no, porque estas son tierras flojas. Son las talas, en las cuales hay un reborde de matas raquílicas, porque las raíces de los pinos, romeros y lentiscos les quitan el agua y el alimento.

Adoramos este paisaje porque ante él nos invade una gran satisfacción, una sensación de plenitud de vida. Y al lanzar nuestra mirada a los horizontes, allá en la línea donde se mezclan cielo y tierra, azul y verde, gris y ocre, dos sentimientos, el uno etéreo y el otro telúrico, se confunden y nos producen un estremecimiento al vernos reflejados en toda la Naturaleza, pues nosotros también somos materia y espíritu.

El camino es muy antiguo, pero nunca se pudo arreglar porque va sobre lastras escurridizas y el terreno es muy quebrado. Y por este camino han pasado los hidalgos de la Sierra en sus caballos seguros, y una historia lejana se pierde con el camino por entre los pinos y lentiscos. Espacio amplio. Serranías y colinas al fondo. Una planicie baja y en ella el cuadro : la aldea, con sus tejaditos rojos y la ermita al frente y alrededor la vega, de dibujos rectangulares.

Y dejando resbalar la mirada por la copa de los pinos de nuestra ladera, allá abajo nos hiere el reflejo del agua del río, que pasa sin prisa por la vega, como tomando el sol y descansando de remolinos y peñascos por donde ha pasado y ha de pasar. Es el Segura. Vamos bajando la cuesta y llegamos al puente de un arco que se apoya sobre las rocas. Dicen que es muy viejo ; lo hicieron los moros. Por él han cruzado muchos arrieros con sus burros llenos de borlas, en largas filas ; y también recoveros solitarios que llevan del pueblo las telas para las mozas de los cortijos, las navajas y una infinidad de objetos preciosos para la gente campesina.

Cruzamos el puente y seguimos un arroyo que viene a desembocar

car aquí en el río. No lleva casi agua, pero todo su trayecto lo hace por la Sierra y conoce las tres regiones que distinguen los aldeanos : el río, el pueblo y el campo. Vamos arroyo arriba. Los pinares, a los lados. Las talas empiezan a ser más frecuentes, de un rojo pastoso y ocre. Viene el primero de los cortijos serranos de vieja historia, con su huerta que baja hasta al arroyo y cuyos ribazos están cubiertos de parrales. Es el cortijo de la Casa de Requena, nombre que ha tenido desde hace no sé cuánto tiempo. Y es nombre que le sienta bien : casa pobre, fea, donde se almacenan las personas ; el perro grande, en la plazoleta que hay delante de la puerta, ladra al caminante. Yo sé que en esta casa de labradores hubo baile en la cocina grande. Era verano y el zagal estaba en la majada : estaban tío y sobrino. Y el mozo le dijo al pastor que en la casa había baile y que él se iba. Y por la noche bailó en la cocina grande. Pero el pastor, el viejo tío Nano, estaba muerto, lo habían asesinado. Y el mozo zagal de mirada torva fué a la cárcel. Esto ocurría en una noche de verano.

Seguimos el camino sin dejar de ver los olivos separados. Y llegamos a la cortijada de El Cañar. Casas de fachada blanca. Entramos en la cocina, limpia, con moscas, sillas de esparto y una mesa desgastada de tanto fregarla. Y adornando la cocina multitud de objetos colgados de la pared : frascos, botellas, cazos dorados dispuestos en admirable simetría. Y es aquí donde por la noche, en invierno, alrededor de la lumbre, los hombres hacen sogá para los cestos mientras hablan de su trabajo y algunas veces cuentan cosas de otros sitios, que los chiquillos escuchan absortos... Y muchas veces son dichos de los muertos, de lo que dice la gente..., y entonces los rapaces, al mirar hacia la oscuridad del fondo de la cocina, se escalofrían y vuelven la cabeza en adoración al hogar.

Remontando el arroyo, entre los grandes terrenos que forma, donde la tierra roja parece reflejarse en las nubes de la puesta de sol, se encuentran los pozos profundos en la roca : el agua ha conquistado poco a poco a la dura piedra con su canto infatigable. Ese canto que en las noches claras ya hablaba a Fray Luis.

Huerta grande de olivos : la de Socovos. La espalda del pueblo se asienta en cerros pelados por inviernos de frío. Casas con sus tejados marrones. Corrales de paredes de tierra. Casas firmes de blanca fachada. Socovos : pueblo viejo de pequeña hidalguía. A nuestros pies, la carretera. Más allá la extensión verde grisácea de los olivos. La prominencia del Cabezo, y enfrente el castillo, con su almena de hiedra y sus paredes terrosas. Desde el castillo contemplamos el valle y miramos las serranías que nos rodean. Y pensamos, pensamos en aquellos moros guerreros y agricultores, en aquel pueblo sensitivo. Los moros pobres, con sus vestiduras blancas y pardas, sus rostros barbudos, el entendimiento sutil ; en esos moros que vivían aquí, en estas tardes cálidas, apacibles... Y oímos ahora, allá en la huerta, otro cántico : la voz flexible, la música perezosa... Es lo mismo, lo mismo que harían los moros. Ahora comprendemos el alma mora de estos cariñosos campesinos.

Estamos otra vez en la carretera que, subiendo por detrás del pueblo, por los cerros pelados, nos lleva a Letur. Las casas de Letur se agrupan alrededor de la iglesia antigua, creo que gótica. Por las calles, en forma de escalones, corre el agua junto a las casas. Este sí que es el símbolo de Letur : por todas partes nace el agua ; a la derecha, abajo, en aquel lado, en este otro. Es el pueblo más pintoresco de la sierra. Es un derroche de la Naturaleza.

Volvemos a la carretera y pasamos las aldeítas de Tazona y Los Olmos. Pero hemos subido a la sierra y desde la cumbre vemos el más inmenso de todos nuestros paisajes : se ve más allá de Sierra Seca y más allá de río Segura. Tenemos el mapa de la región delante de nosotros.

Yendo hacia Calasparra se cruzan pinares, más país montañoso, más llanos, algún arroyo. Detrás de una gran montaña está Calasparra ; más lejos, la estación, y entre una y otra, el río Segura, que cruza la vega grande y hermosa, cuyo arroz será famoso.

Seguimos el curso del río. Poco a poco las montañas son menores. El cauce del río va ahora por terrenos secos y áridos, pero el agua da vida a huertas cálidas, donde crecen el naranjo y el limonero, y,

sobre todo, la lima de exquisito aroma. Pasamos Cieza, con su gran vega, y más abajo los pequeños pueblos de Abarán y Blanca.

Estamos en el límite de la región desolada, cuyo único recurso es el esparto, país mísero, región volcánica de llanuras enormes y quebradas. Aquí está Fortuna, con su balneario de aguas calientes en medio de este desierto de matas raquíticas y olivos retorcidos. Más al Sur, a orillas del río, Archena.

Los geógrafos dicen que es el ramalazo de una región africana y el Mediterráneo separó estas tierras desérticas de sus hermanas de Africa.

Aquí todo es diferente a allá, en aquel nudo montañoso, de donde salían tres ríos y del cual sólo hemos paseado sobre una parte. Sobre la parte que yo mejor sé sentir.

Greguerías

Por Carlos Pittaluga.

I

El musgo es como el cerumen de los oídos de las rocas.

2

Los ceniceros son los primos hermanos de los orinales y de las escupideras.

3

Cuando falta agua en los grifos del lavabo, se ponen enfermos ; les dan arcadas, como si vomitaran.

4

Los faroles son los salvavidas de los pobres náufragos de la borrachera.

5

Hay gentes que al ir a tomar el tranvía van murmurando : « ¡ Cuidado ! », sin darse cuenta de que nadie les obstruye su camino. Pero ellos, obsesos, siguen gritando a media voz y esgrimiendo el paraguas a modo de lanza.

6

Las casas también tienen sus verrugas : las chimeneas.

7

Las moscas, cuando están quietas, hay momentos en que hacen calceta.

8

Los miopes, cuando duermen sin gafas, ven sus sueños confusos.

9

Los caballos blancos no son otros que caballos negros, castaños o alazanes, con camisetas y calzoncillos largos.

10

Las casetas de la playa son las garitas de los bañistas. Otras, con sus franjas horizontales de color, van vestidas—o pintadas—de presidiario.

11

Los sillones son mucho más amables que las sillas. Cuando éstas nos invitan a sentarnos, lo hacen con los brazos bajos, como el que hace una inclinación de cabeza. Aquéllos nos reciben con los brazos abiertos.

12

Hay muchas casas que tienen sus paredes recubiertas de plantas trepadoras que las ocultan, que son como si quisieran ocultar algún defecto constitucional con el antifaz de la enredadera.

El hiperespacio de cuatro dimensiones

Por Francisco Torras Serratacó.

Hace dos años asistía como alumno el que escribe a la cátedra de Mecánica racional que el ilustre ingeniero industrial D. Fernando Tallada explicaba en el Escuela de Ingenieros de Barcelona.

De sus disertaciones que de vez en cuando dedicaba a la cuestión objeto de este artículo, principalmente, me voy a servir para dar una explicación, caricatura mala de las por mí escuchadas, de qué es lo que se entiende por hiperespacio de cuatro dimensiones.

Llamamos universo a la unión indisoluble de espacio y tiempo. Ahora bien : la cuarta dimensión del universo no tiene nada que ver con la cuarta dimensión del espacio, a la que nos vamos a referir.

La primera no es más que el producto de la velocidad de la luz por el tiempo, y esto, multiplicado por un factor numérico constante, producto que tiene las mismas dimensiones de una longitud. No hay, pues, que asustarse si oímos hablar de la curvatura del tiempo ; esto no es más que un convencionalismo.

La unión indisoluble de espacio y tiempo es, en cuanto nos referimos a percepciones externas, a los fenómenos físicos.

Las percepciones empíricas internas, o sea las que no se refieren a objeto material alguno (un deseo, una resolución), no ocupan lugar, no están en un sitio, pero sí son un momento del tiempo, están en él. Hay, pues, percepciones reales en el tiempo, pero no en el espacio.

En cambio, la percepción empírica de un objeto en el espacio, por ejemplo, un libro, tiene dos aspectos. Uno es el libro, con su forma, en el espacio, frente a mí. Por otro lado, la percepción del libro es un momento de mi vida, precedido y seguido de otros, ocupa un puesto en la sucesión del tiempo.

Yo no puedo percibir el libro sin que esté en el espacio, frente a mí, pero yo tampoco puedo percibirlo sin percibirlo, esto es, sin que sea un suceso en la sucesión del tiempo.

No obstante esta unión indisoluble de espacio y tiempo, vamos, por abstracción, a eliminar el tiempo y a estudiar lo que podría ser el espacio geométrico de más de tres dimensiones o hiperespacio.

Antes quiero aclarar un equívoco. Al referirnos a espacio de tres dimensiones, no se entiende por dimensiones el largo, ancho y alto, sino que queremos decir que este espacio es tal, que para determinar la posición de un cuerpo existente en él (la posición relativa, pues no conocemos el reposo absoluto) necesitamos tres coordenadas, sean cartesianas, semipolares, polares, etc., pues ¿cuál es el largo, el ancho y el alto de una esfera?

Vemos claramente que el punto no tiene dimensión alguna; la línea tiene una; el plano, dos; un cuerpo, tres; pues bien, ¿no habrá cuerpos que tengan cuatro, cinco..., n dimensiones?

El matemático inglés Howard Hintan dice haberse representado uno de estos cuerpos de más de tres dimensiones, que llamaremos hipervolumen, por medio de una serie fantástica de combinaciones de cuerpos; de ello dará idea el que se compone de 81 cubos, 27 placas, de 12 cubos más, empleando 100 nombres que designan superficies, 216 nombres para los cubos, 256 para los cuerpos a cuatro dimensiones, pretendiendo haber conseguido con este embrollo la realización de un cuerpo de cuatro dimensiones, que denomina «Tessaracts», es decir, octaedroides, que, según él, dan una idea clara de un cuerpo cuatridimensional.

Sin embargo, por muy complicados que sean estos octaedroides, basta un sistema de tres coordenadas para determinar la posición de los mismos, como cuerpos que existen en espacio tridimensional

y hechos a base de otros de tres y menos dimensiones ; no parece, pues, que sea ese el camino para comprender lo que pueda ser la cuarta dimensión.

No es esta cuestión de imaginación, imaginación que solamente reproduce o combina en nuestro interior las sensaciones recibidas, sino de entendimiento, de abstracción.

Imaginemos un mundo lineal circular, y en él seres incapaces de conocer nada de lo que sea fuera de esa circunferencia ; su espacio para ellos es esa circunferencia y nada más ; incapaces de salirse de ella.

Señalemos dos puntos, X e Y , en la circunferencia (dibújese la figura), y en uno de los dos arcos en que así queda dividida consideremos un segmento, x , y , de modo que el sentido de x , y , sea el del mismo que el del arco X , Y ; así es que al mover el segmento x , y , dentro de este arco, el sentido de x , y , será el mismo que el de X , Y .

Pues bien, si en el plano de la circunferencia existen seres a dos dimensiones, seres planos, que puedan actuar en él con entera libertad, podrán sacar de la circunferencia el segmento x , y , darle media vuelta, deformarlo convenientemente y volverlo a colocar en el arco X , Y .

Durante esta operación los seres lineales de la circunferencia buscarán inútilmente al segmento x , y , y al final de la misma lo hallarán nuevamente, pero con su sentido invertido. Este hecho sería inconcebible para estos seres lineales.

Sea ahora un espacio plano, con sus seres planos. Supongamos una recta, A , B , y dos triángulos, a , b , c , y a' , b' , c' , simétricos respecto a dicha recta. Los lados a , b , c (desiguales entre sí) son, respectivamente, iguales a los a , b , c .

Los seres de dos dimensiones que existen en dicho plano podrán, sometiendo a uno de los triángulos a convenientes deslizamientos en este plano, hacer que uno a uno de los lados de un triángulo coincida con su homólogo, pero jamás conseguirán hacer coincidir los triángulos.

Ahora bien : nosotros, que existimos en un espacio de tres dimensiones, podremos, sin ninguna dificultad, rebatir un triángulo sobre el plano, haciéndolo girar alrededor de uno de sus lados, el a , por ejemplo, y, después de un conveniente deslizamiento, superponerlos. Mientras efectuamos esta operación, para los seres de dicho plano desaparece el triángulo, excepto el lado a , que permanece en él, y al final de la misma se encuentran con un hecho que, como no pueden imaginar, tendrá para ellos carácter milagroso. ¿Qué consecuencias podría tener la existencia de una cuarta dimensión?

Pues del mismo modo que la existencia del espacio de dos dimensiones nos ha permitido la inversión de sentido del segmento x, y , en el mundo lineal, y la existencia del espacio de tres dimensiones, ha hecho factible la superposición de dos triángulos simétricos respecto a una recta, la existencia de un hiperespacio de cuatro dimensiones haría realizable que nuestra mano derecha pudiese ser transformada en izquierda, sin que para ellouviésemos que violentar la materia.

Fijemos nuestra atención nuevamente en el mundo lineal circular y supongamos que los puntos X, Y , son límites infranqueables; el segmento x, y , no podrá salir del arco X, Y , moviéndose sobre la circunferencia, único movimiento que conciben los seres lineales que existan en la misma. Ahora bien, el segmento x, y , podrá, con movimientos realizados en el espacio bidimensional que es el plano de la circunferencia, salir del arco X, Y sin franquear sus límites.

Sobre una superficie tracemos una línea cerrada, y supongámosla infranqueable para los seres y objetos bidimensionales que haya en dicha superficie. Es decir, que con movimientos efectuados en ella no se puede entrar en el recinto creado por dicha línea, ni salir del mismo. Sin embargo, nosotros, que vivimos en un espacio de tres dimensiones en el que se encuentra la superficie y tenemos, además, conciencia de él, sabemos que, con movimientos efectuados fuera de la misma, se puede entrar en el recinto o salir de él sin violentar sus límites.

Pues bien, la existencia de un hiperespacio de cuatro dimensio-

nes daría lugar a un fenómeno análogo en nuestro espacio tridimensional. Podrían los cuerpos entrar y salir de un recinto herméticamente cerrado sin atravesar sus paredes, y mientras durase la operación nuestros sentidos dejarían de percibirlos, del mismo modo que durante la realización de los dos fenómenos análogos en los mundos lineal, circular y superficial hemos visto que los cuerpos objeto de la operación dejaban de ser percibidos por los seres existentes en dichos mundos.

Ahora bien, ¿se ha observado este fenómeno? Yo, desde luego, no, y lo mismo les ocurrirá a mis lectores, a menos que algunos sean espiritistas. Estos afirman que sí, pero, a pesar de que los asombrosos fenómenos que ocurren en las sesiones espiritistas sean creídos por hombres de prestigio científico y de buena fe, no están rodeados de las condiciones necesarias para incorporarlos a la ciencia.

Consideremos nuevamente un espacio unidimensional, una línea; en él, un punto (espacio adimensional). Este punto limita las dos porciones que podemos considerar en la recta; es, por decirlo así, la frontera. Sea ahora una superficie (espacio de dos dimensiones), y en la misma una línea cerrada o indefinida. Esta línea limita las dos regiones en que fácilmente vemos ha quedado dividida la superficie. Finalmente, en nuestro espacio tridimensional supongamos una superficie. Esta es el límite común de las dos partes en que por ella ha sido dividido el espacio.

Pues bien, nada se opone a que podamos hacernos la siguiente pregunta: ¿No serán los volúmenes los que en el espacio de cuatro dimensiones limiten sus partes, sean el límite común de los hipervolúmenes de cuatro dimensiones?

Uenton, Dunnes, Parolwxki, dejándose arrastrar en sus estudios sobre la cuarta dimensión, por una imaginación oriental, hacen de ellos fantásticas novelas, cuyos personajes, en una, son, entre otros, una muchacha a cuatro dimensiones que sale y entra, como Pedro por su casa, en una habitación herméticamente cerrada. Nos hablan del ciudadano del hiperespacio, nacido del movimiento de un

cubo en una dirección, para nosotros desconocida, de sus ciudades habitadas por fantásticos seres, de sus arquitectos, etc., etc.

Alfred Taylor afirma que las apariciones del Antiguo Testamento (y lo mismo podríamos decir de las que son propiedad de otras religiones) provienen de seres a cuatro dimensiones, y según Uenton, el nacer, la vida y la muerte no son más que diferentes fases del paso por nuestro espacio de seres a cuatro dimensiones.

Resumiendo : las observaciones de carácter geométrico, las que hemos expuesto y otras que omito, serán, no hay que dudarlo, muy difícilmente realizables por la Humanidad.

Nada hay que se oponga, ni metafísica, ni naturalmente, a la existencia de la cuarta dimensión. Henry Poincaré dice que no cabe duda que existe.

La esencia puede ser objeto de conocimiento intelectual, pero la existencia ha de serlo de conocimiento sensible. ¿Adónde dirigirnos, pues, para encontrar una luz que nos ilumine sobre la hipotética existencia del hiperespacio de cuatro dimensiones? Posible es encontrarla en el reflejo local de los fenómenos de carácter mecánico, cuya exposición es dificultosa si quiere hacerse brevemente.

Muchos escépticos se sonreirán, al leer esto, con sonrisa compasiva. No hay para tal.

Si en el universo algo hay portentoso, nada como la inteligencia humana.

Lo mismo se hubiesen sonreído si antes de que Marconi realizase sus primeras experiencias en el canal de Bristol, el año 1906, se les hubiese dicho que el pensamiento humano se iba a transmitir a una distancia de miles de kilómetros, y aun después de realizada la primera experiencia, hubo hombre sabio, catedrático de electricidad, que, preguntado por sus alumnos respecto a la posibilidad de este invento, respondió que no podría pasar de ser una experiencia de laboratorio.

Hoy día ya la inteligencia humana no se conforma con las maravillas hasta ahora conseguidas, y ya estudia el poder captar las

ondas que nacieron desde el origen de la Humanidad hasta nuestros días, y existen flotantes en el espacio.

Podríamos, pues, oír la voz del Hijo del Hombre, bastante olvidada y tergiversada hoy día por desgracia.

Nueva sonrisa despectiva de los lectores escépticos.

La historia, hasta ahora, viene dando la razón al bando opuesto.

"Un viaje a Laponia"

Por Rafael Sancho.

¡ El mar Blanco !—exclama riendo con tono zumbón un marinero—. ¡ El mar Blanco ! ¡ Vaya un nombre apropiado ! Si tiene el mismo color que la cerveza inglesa... Su fondo tal vez sea blanco, porque está cubierto de huesos de los que han perecido en los naufragios, pero sus aguas no lo están nunca, a no ser que el frío las congele y las alfombré de nieve. Los marinos y los pescadores de focas están más en lo cierto, pues le llaman el «mar de Hielo».

Después de doblar el cabo Norte, masa de rocas blancas, de aspecto fantástico, que avanza en medio de las espumosas olas del océano Artico, cinglamos al Sureste, azotados por el viento, el granizo y la lluvia, por espacio de dos interminables días, durante los cuales no vimos salir ni ponerse el sol.

Dejando atrás la costa pintoresca, llena de estrechos y accidentada por elevadas montañas, empezamos a costear una playa sombría, cuyas líneas monótonas no rompía ninguna ensenada. A las diez horas de tan amena navegación, llegamos por fin a una costa baja, medio perdida entre la niebla, la cual se extendía hacia el Sur como un rastro de cenicientas nubes. Pasamos entre el cabo Kanin y la Punta Santa (los marinos ingleses la llaman Sweet-Nose, «nariz bonita»), y penetramos en el «Corredor», ancho canal de más de treinta millas, que va desde el océano Artico a la extensa y caprichosa entrada de la costa rusa, llamada el mar de Hielo.

La playa que tenemos a la derecha es la tierra de los lapones, triste país donde no se ven más que lagos melancólicos y médanos estériles.

La Laponia no es sino un laberinto de enormes peñascos y de pantanos profundos y sombríos; a trechos, se abre campo entre dichos obstáculos un valle sinuoso, en cuyas pendientes brotan esos líquenes raquíuticos que sirven de alimento a los renos. Algunos bosquecillos de pinos y abedules dan a tan austero paisaje cierta variedad, pero en aquellas frías zonas no crece ningún cereal y los indígenas no cuentan con más recursos que la caza y la pesca. El pan de centeno lo reciben de las ciudades de Onega y Arkangel.

Los lapones son nómadas; pasan su interminable invierno metidos en cabañas, que construyen como mejor pueden, y durante el rápido estío viven en tiendas. Las chozas, de forma de pirámides, son de troncos de árboles toscamente labrados; una espesa capa de líquenes los preserva de la humedad. Sus tiendas son de pieles de reno cosidas unas con otras y tendidas alrededor de una estaca, saliendo el humo por una abertura practicada en la parte superior.

El lapón transporta su vivienda de un sitio a otro, según la estación; tan pronto apacienta sus renos en las laderas de las colinas como pesca en los ríos o en las costas; durante el estío vaga por la tierra firme en busca de musgos, y por el invierno se acerca a las playas, adonde llegan las focas y los abadejos. Los hombres son tan diestros en el manejo del arco, su antigua arma nacional, como en el de la escopeta, introducida por los colonos que fueron a establecerse en su país. Las mujeres (que distan mucho de ser agraciadas), con sus calzones de foca y sus túnicas de piel de reno, son, en su mayoría, muy aficionadas a las artes mágicas, que demuestra la escasa cultura de estas gentes, que no tienen ningún contacto con los países civilizados. En todos los países del Norte se habla de horribles hechiceras que, según los campesinos, tienen siempre a su disposición un demonio, dócil esclavo sometido a su voluntad por el príncipe del infierno. Toda laponia lee en el porvenir, y al despuntar el día ya sabe lo que éste dará de sí; puede hacer mal de ojo a todo

el que incurra en su desagrado ; lánzase al espacio de su albedrío y ejerce su pernicioso influjo en los buques que surcan las lejanas aguas del océano.

Los pescadores de bacalao que frecuentan aquellas regiones. dan el nombre de «La mujer y el niño» a un grupo de rocas erguidas en medio de las aguas del mar Polar, siendo frecuente la aplicación de nombres análogos a los peñascos de los mares árticos, donde las olas multiplican sus encarnizados embates contra los acantilados, trabajándolos sin cesar y tallando a menudo en ellos las más raras esculturas. En el cabo Norte hay una rosa llamada «El Fraile», y cerca de ella se ve un grupo de islas que, a los ojos de los marineros, representa «una madre rodeada de sus hijas». Ciertas moles de piedras, vistas al través de la bruma, afectan un aspecto mágico ; por ejemplo : la roca del mar Polar, en la que los pescadores creen ver una madre y su hijo, se les había aparecido mucho tiempo como la «Hechicera de Oro». Se deja ver rara vez, porque las nubes en verano, y las nieves en invierno, ocultan sus encantos a los pescadores, ávidos de contemplarla ; pero cuando se digna enseñar su rostro a los dorados rayos de un sol brillante, los marineros la saludan con alegres canciones, porque saben que su viaje será próspero y que les espera una abundante cosecha de pieles y bacalao.

Sin embargo, todas las hechiceras son temibles y ¡ pobre del marino que, cuando haya alguna cerrazón, llegue a chocar con aquellas rocas formidables !

Apuntes al pasar...

Por Gregorio Marañón Moya.

Un diario es el espejo donde nos contemplamos el alma maquillada a voluntad.

●
El Arte, la verdad de la belleza.
La Ciencia, la belleza de la verdad.

●
La Geografía es la anatomía del Mundo.
La Historia, la fisiología de los pueblos.

●
Así como la función de un órgano del cuerpo humano, por elevada y compleja que se la suponga, es siempre la resultante de los trabajos parciales ejecutados por las células, así también las grandes obras de los hombres son el resultado de una serie de detalles que pueden parecernos—observados aisladamente—sin importancia y despreciables.

●
Nunca he acertado a explicarme por qué en el elemento femenino de los coros musicales es donde se ven las mujeres más terriblemente feas de este mundo.

●
Un viejo es lo más noble y delicioso de cuanto hay.

Una vieja, lo más antiestético.

Ambos—viejos y viejas—, lo más respetable.



En los viajes, lo que más me interesa es precisamente todo aquello que no está en las tarjetas postales.



Entre dos amigos sucede lo que con los minerales : el de más dureza de carácter, el de más temple moral, raya al otro.



La vida es un perpetuo avanzar. Es, por lo tanto, en todo momento, la línea divisoria entre un pasado que se marcha y un futuro por venir.

Andemos, pues, con los ojos muy abiertos hacia ese futuro, pero volvamos de vez en cuando la vista hacia atrás y parémonos un instante a contemplar el camino andado y a meditar en cómo lo hemos andado.

De estos altos en el camino—análisis de nuestra trayectoria—aprenderemos la experiencia de las cosas. Suprema lección para seguir con paso firme hacia adelante, por el camino grandioso y terrible de la vida.



Hay que saber decir cosas que no se piensan y hay que saber pensar cosas que no se dicen.



El romanticismo sólo es cursi para los cursis.



La «vida de Napoleón» y Napoleón son dos cosas distintas.



Dicen que Napoleón tuvo tan malos sentimientos y sacrificó inútilmente tantas y tantas vidas por su causa, que al morir se fué derecho al infierno.

Es probable. Pero no dudéis tampoco que al segundo día de su

llegada a tan caloríficos lugares, ya había convertido a Satanás en su primer secretario.



Como la estrella fugaz en el cielo de la noche ; así ha sido la existencia de Napoleón en la historia del tiempo.

Entre una brusca aurora y un ocaso inesperado, una vida breve, toda luz, intensidad, energía, vital entusiasmo y buena voluntad.

Constantinopla

Por Emilio Mezquita del Cacho.

Amanecer de día de fiesta. Oración dominical de religiones varias. El barco, indiferente y cosmopolita, deja tras de sí una estela de incredulidad.

El día nos despierta atravesando los Dardanelos, que son el principio de un beso entre Europa y Asia, los dos continentes que se adoran, las dos tierras que se aman durante siglos de estar juntas. Son el principio de un beso, que una vez... después de juntarse los labios en el Bósforo y los Dardanelos, no llegó a estallar; era demasiado hermoso para ser llevado por el viento y quedó como el principio de una ilusión antigua : Constantinopla.

En una y otra orilla del estrecho envejecen pueblecitos y aldeas que fueron abandonados durante la Gran Guerra y no han vuelto a ser ocupados. La hiedra y el musgo se han adueñado de las fachadas y de las calles, plantas silvestres viven en los jardines y en los huertos; los tejados lloran vencidos por las goteras, y, como flores tronchadas en medio de otras flores, han caído sobre sus casas en ruinas los elevados y gentiles alminares. Son pueblos que quedan tristes y callados a nuestro paso, llenos del lúgubre silencio de las cosas vacías, que hace pensar, con candor, en historias olvidadas de duendes y fantasmas. Entre tantas aldeas yermas una habitada, llena de vida y alegría, es una carcajada irreverente que tur-

ba el desfilar de los recuerdos. En ella destaca, entre chozas, la mezquita blanca, de cúpula atrevida y fino minarete, que se alza paralelamente a la humeante chimenea de alguna fábrica y volatilizaba un humo inconsútil de plegarias.

Hacia las seis de la tarde llegamos a la vista de Constantinopla. Los bordes de este pequeño mar de Mármara han ido reverdeciendo y ahora forman un inmenso vergel de flores que beben junto al mar. Por detrás de ese jardín asoma sus casas y sus mezquitas Constantinopla, «la Magnífica», la ciudad cuádruple que reúne las esencias de Asia y Europa, los perfumes de ayer y los de hoy. En la costa europea, y de la parte occidental, *Istanbul*, puebla siete colinas, número histórico y bíblico, que figura tanto en la Roma antigua como en esta antigua Bizancio. *Istanbul*, la ciudad vieja de las hazañas de Barba Roja, la de los versos de Espronceda, la del harén del Gran Turco, la del alma joven de Pierre Loti. *Istanbul*, la ciudad única, en que todo lo ha cambiado la civilización occidental; la de las viejas callejas retorcidas, la de las tapadas misteriosas de fulgurante mirar, la de las altas torrecillas blancas que se agitan al cantar el *muezzin*. *Istanbul*, recuerdo de sí mismo frente al espejo del mar.

También en Europa, y de la parte oriental, *Galata* y *Pera*, los dos barrios europeos de la ciudad, ofrecen un paisaje de color sobre el cielo puro de Constantinopla. Y frente a ellas, en Asia, *Scutari* es un afán de posesión y una despedida a un mundo que se queda atrás.

Cuando llegamos cerca de la costa ya diferenciamos perfectamente los barrios. Entre lo que antes era masa continua de edificios, ahora vemos que se abre paso el mar. Separando Europa de Asia, el Bósforo que comienza; y entre *Galata* y *Pera* por un lado, e *Istanbul* de otro, el Cuerno de Oro, que tal vez perdiera un día el dios Apis, es larga lengua de mar agitada en un bullir de pequeños barcos y ligeros caiques que abordan nuestro vapor.

La primera impresión recibida al desembarcar en *Galata* es de desencanto. Una ciudad enorme de extensión, casas grandes de pie-

dra, grandes letreros luminosos que anuncian a Bayer y Chevrolet, «Au bon marché» y Longines, profusión de tranvías y de taxímetros; en fin, una ciudad moderna. Los hombres, vestidos a la europea; las mujeres, descubiertas; todo el exterior de una ciudad occidental. ¿Y es ésta, pensamos, una de las más bellas perlas del collar de Oriente? Porque es bella, ¡sí!, pero no es oriental. O lo que es casi lo mismo, no lo parece. En otra ocasión insistiremos sobre la doble vida que se desarrolla en Constantinopla, el carácter duplicado, interno y externo, que se encuentra en esta ciudad y en el pueblo turco que la habita. Ante esta visión superficial y de conjunto de la población modernizada, del pueblo carente de su tradicional tipicidad, se duda de todas las agencias de viaje y de todos los patronatos de turismo, que, con el cristal biconvexo del *bluff*, deforman la verdad prosaica de las cosas.

Uno de los pocos recintos acerca de los cuales las guías dicen con exactitud, es el Gran Bazar. El Gran Bazar es el mercado cubierto de *Istanbul*, un pueblo sin cielo, un verdadero pueblo comercial con doce entradas distintas y más de noventa calles y callejas, plazuelas y encrucijadas, todas ellas tan semejantes, que en su semejanza, unida al caprichoso y laberíntico trazado, está su confusión. Este Gran Bazar es una extraña mezcla de magasin de París, de «chan-chan» de zoco marroquí y de Rastro madrileño. Tenderetes de nuevo y boticas de viejo. Joyerías y prenderías. El puesto del curtidor—con un gran leopardo disecado—al lado de una rica tienda de porcelanas y cristal. Desde las oscuras «covachuelas»—sabor madrileño de la palabra—, donde se exponen las más distintas mercancías, el vendedor nos llama ofreciéndonos su casa; muchos de ellos nos hablan en un español arcaico, adornado de esa verbosidad oriental tan característica.

—«Effendi» pasa a mi tienda, yo te invito, effendi, a que honres mi casa con tu presencia; pasa, pasa, que hallarás en ella lo que deseas. Tapices... Alfombras...»

—«Effendi, effendi», pasa si quieres armas. Entrará contigo la

buena hora en mi morada. Anda, effendi, mira la espada encantada del sultán Soleiman. Puñales..., dagas...»

—«Pasate signore a mi butica. Tengo de todo, signore. Narguilé y damascos nuevos. Pasate, signore, es mucho bien mercado. Pasate...»

Todos gritan al mismo tiempo ; todos invitan a la par. Desde el fondo de una pequeña perfumería, una joven de ojos negros nos hace un guiño invitador. El guía nos desliza con sigilo cuatro letras :
i i i opio ! ! !

Hay un incesante ir y venir en esta oscuridad, atenuada por la poca luz que entra de las altas ventanas. Soldados, viejos musulmanes de blancas barbas y torvo mirar ; mujeres enlutadas que, al igual que nuestras monjas, sólo dejan al descubierto su cara ; algún que otro fez o turbante, y, sobre todo, extranjeros. Muchos forasteros que llegan al Gran Bazar con la idea de llevar un recuerdo de *Istanbul* y a los que persiguen los vendedores con sus gritos :

—Effendi, pasa...

—Pasate, signore...

—Désirez-vous ?...



Lo poco típico de trajes y de personas conservado en Constantinopla se ha refugiado en el Gran Bazar ; cuando salimos a la luz, el cielo nos parece más bello, pero la tierra ha perdido algo de su encanto. La revolución en Turquía ha acabado con las viejas costumbres que eran condimento de estas casas, de estos templos, de este pueblo. Ya no vemos los rostros velados de las mujeres, que dejaban la incógnita de sus ojos de fuego ; ya no nos persiguen aquellas ráfagas de perfume que se escondían, al pasar, tras el enrejado de una celosía ; ya no podemos pensar, cuando escuchamos un arpegio, que aquella música es flor de un harén...

.....
.....

Continuamos nuestro paseo por las calles pendientes y quebradas

de *Istanbul*. Ellas nos atraen más que las grandes avenidas de Pera o de Galata y que los «boulevards» de Taxim. En estos barrios antiguos casi todas las casas son de madera, lo que recuerda las viviendas rusas. Son del mismo estilo; oscuras, con ese color de la madera vieja que ha soportado las inclemencias de las estaciones extremas, de tejados pendientes y salientes aleros, cobijadores de unas ventanas tímidas, cárcel, en días pretéritos, de las mujeres turcas.

De trecho en trecho, entre estas casas renegrecidas, surge un pequeño alminar blanco, rayo de luz en la calle en sombras. Sentados en el suelo, a la puerta, de sus casas, algunos viejos turcos nos miran fijamente al pasar con esa curiosidad de los pueblos orientales, semejante a la impertinencia inquisidora de nuestras aldeas. De sus labios se escapa el humo de unos enormes narguilés, que burbujan volutas perfumadas. Se les cree en un éxtasis de meditación. Sin mover el cuerpo de su postura, parece concentrarse toda su vida en los ojos, que nos miran al pasar con un desprecio infinito o un infinito odio. El musulmán odia al extranjero, enemigo de raza y enemigo de religión, que profana con su curiosidad sus templos e investiga, al pasar, el fondo misterioso de su casa sagrada. La frialdad o la cólera de su mirada tienen algo de la hoja del viejo alfanje que guarda detrás de la puerta. Solamente el rígido concepto de la urbanidad le hace responder a nuestra salutación:

—¡ Es selam Alicum !

—¡ Alicum es selam !

... Y entonces inicia un saludo esencia de galanura y cortesía, un saludo largo, que se pierde en la espesura de sus barbas, como se escabulle también, enredado en ellas, el humo del narguilé.

Pero Constantinopla no esconde solamente sus bellezas en la sima de sus calles estrechas, sino que las muestra, entre aromas de vegetación, en la amplitud de sus parques y jardines, cintura en flor de la ciudad antigua. Tanto unas como otros dan al ambiente un color de sombra propicio al divagar romántico de la palabrería y el pensamiento. Y, sin embargo, a pesar de ese encanto peculiar de la penumbra, a pesar de la espiritualidad altiva de sus alminares, a

pesar del misterio de sus enrejados ventanales opacos, hemos de declarar que Constantinopla es hoy una ciudad antirromántica. Hasta hoy yo no había encontrado el término opuesto al romanticismo ; ni el modernismo literario, ni el materialismo político, ni el cubismo pictórico, pueden llamarse propiamente antirrománticos ; en todos ellos hay un fondo sentimental del gusto del pasado siglo. Pero Constantinopla, que no es modernista, ni materialista, ni cubista, es clásicamente antirromántica. Ha perdido todo su romanticismo y no tiene ni la emoción de las cosas desaparecidas, pues por fortuna esas «cosas» no han perecido, sino el espíritu que las animaba. Conserva todo su exterior, pero lo conserva vacío de sentimiento propio, y ese sentimiento hemos de dárselo los demás. Es un bello frasco de esencia que, agotado el perfume, conserva un tenue aroma.

Este sentimiento antirromántico de la ciudad lo confirman esas mujeres que pasan vestidas a la europea ; esos viejos musulmanes que se dejan fotografiar gustosos, sin una explosión salvaje de su carácter oriental ; esas parejas que pasean sus amores sin fantasía por el antiguo jardín. Si algo hay de romántico en este país, somos nosotros, los turistas, que buscamos nuestra alegría en esta tristeza y recordamos, al pasear por este antiguo serrallo de los sultanes, una música dormida en el fondo de nuestra memoria, una sonata española nacida en otro jardín y que pudiera llamarse «Granada»...

Que lloren los sauces eternamente en este jardín de glorias perdidas. Nosotros llevaremos sus lágrimas con el recuerdo de la ciudad. Continúen los cipreses gimiendo al viento su desventura, que nosotros recogemos sus lamentos y tal vez lloremos y gimamos, también, cuando sus siluetas nos vuelvan a la memoria con la música que Albéniz creó en un jardín español que rodea un palacio oriental.



Característica de Constantinopla es la belleza de sus cementerios, que presentan la forma de jardines. Allá, al final del Cuerno de Oro, la necrópolis musulmana de Eyub ; más acá, detrás de las colinas, que son el final del barrio de Pera, el cementerio judío ; allá en-

frente, por detrás de las casas de *Scutari*, otro, musulmán ; el inglés, en Haidar-Pachá ; el persa, en Kadikoy. Y, hasta en medio del mar, en un paisaje de azules turquesas y cobaltos, el cementerio católico de las islas de los Príncipes. En el interior de la ciudad se ven tumbas por todas partes, que la agobian como una pesadilla de muerte. Junto a las mezquitas hay pequeños terrenos funerarios ; en las calles, en las afueras, en el mar... Por todas partes, cipreses. Enterramientos por doquier. Y flotando sobre las losas un pensamiento de tristeza. ¿ Por los que se fueron ? No ; por « como » se fueron, sin corregir ninguno de los defectos con los cuales vivieron.

Soberbia, servilismo, crueldad, odio, incomprensión, egoísmo ; todo eso nos dicen esas tumbas desconocidas de Constantinopla. Soberbia : magníficos panteones de grandes personajes, hoy dados al olvido. Servilismo : que permitió a los hombres considerarse honrados en rodear la tumba del caballo de Mohamed II. Crueldad y odio, que hicieron esta separación de hombres por religiones o por nacionalidades, como si, a pesar de todas las diferenciaciones que entre sí se impusieran, no fueran a ser juzgados por el mismo Creador ; en esto hay también incomprensión. Y egoísmo : el afán de perpetuar el recuerdo, el buscar lugares impropios para escoger los enterramientos, el entremezclarse en la esfera de acción de los vivos, pues aquí era permitido elegir el lugar donde enterrarse.

Todo esto nos han dicho las tumbas en un momento que nos hemos detenido junto a ellas con afán de meditar. Solamente, entre tantas, nos merece un especial respeto la del Soldado Desconocido, que carece de todos los defectos apuntados. Por ser desconocido, por haber muerto con valor y sin soberbia, por haber muerto víctima de una crueldad, sin odio y con un anhelo de paz, y, finalmente, por haber muerto en un desprendimiento nada egoísta de su ser. El Soldado Desconocido es una lección.

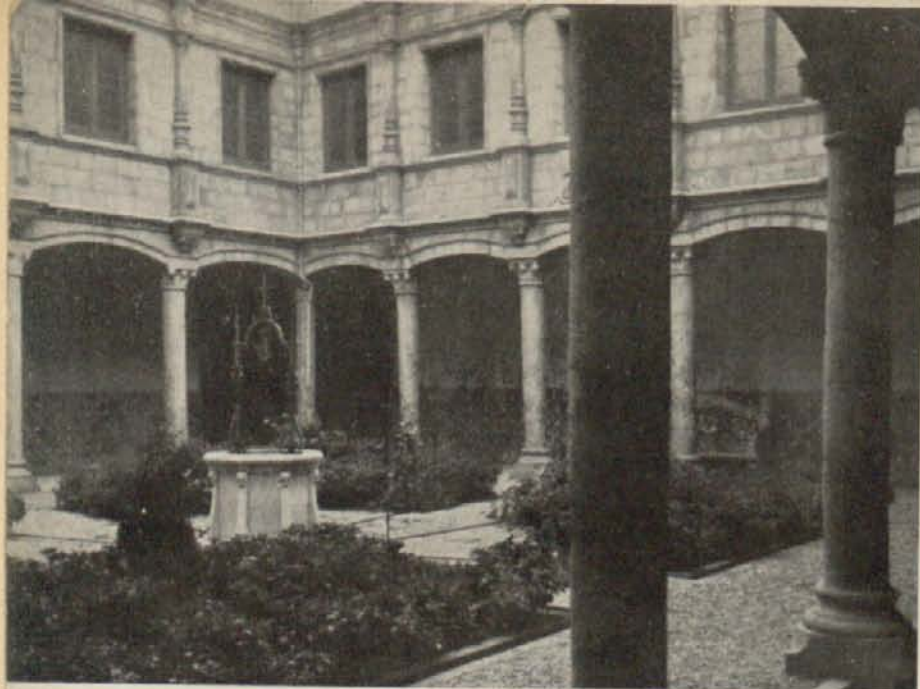
(Continuará.)

Al final del Cuerno
de Oro, la necró-
polis musulmana
de Egipto.



La mezquita blanca
de cúpula atrevi-
da y finos mina-
retes.





Valladolid.- Patio de la casa donde nació Felipe II



Salamanca.- Patio del convento de San Esteban.

Exposición de fotografías del crucero Mediterráneo

Por Joaquín Martínez de Velasco.

Me veo obligado hoy a presentarme como crítico artístico-fotográfico, a ruego de amigos y compañeros de redacción, y emborrono estas cuartillas sobre el tema que sirve de título a este modestísimo ensayo.

Comienzo mi tarea por una sala donde veo varios dibujos modernistas, que parecen más bien obras de algún artista infantil, a mi juicio con un exceso de rayas y colores. Sinceramente declaro que los dibujos de este estilo no me agradan, y aunque es posible que tengan mucho mérito, dejo el juzgarlos para personas que entiendan más que yo de modernismos. Lo que sí me parece es que los asuntos no son, desde luego, los más adecuados para el objeto de esta exposición.

En la sala contigua veo en el centro un grupo escultórico hecho de papel, que tiene por asunto la caricatura de un excursionista, con salacof y todo, abrazado a una columna o cosa parecida. Tanto el turista como su soporte rebosan la alegría de cualquier optimista bebedor en noche de sábado. En esta misma sala contemplo en una pared varias caricaturas muy bien hechas, y, al decir de algunos visitantes que por allí estaban, de gran parecido con las personas caricaturizadas. Por toda esta sala están distribuidos acuarelas y di-

bujos a lápiz y a pluma. Las acuarelas no son muy abundantes, pero algunas de ellas merecen interés por su buena factura. Tampoco abundan los dibujos a pluma, y es de lamentar, porque entre ellos los hay de verdadero valor artístico. Los mejores dibujos son, evidentemente, los hechos a lápiz, entre los que contemplo los de una verja de Rodas, si no me es infiel la memoria, que son magníficos. Otros varios, reproduciendo detalles de los edificios visitados en esta excursión, también son dignos de mencionarse. La pared está adornada con unas figuras recortadas que caricaturizan tipos vistos por los que tomaron parte en el crucero. Esta sala tiene pocas fotografías, aunque todas ellas buenas y de gran perfección técnica y artística. Reproducen todos los lugares interesantes que fueron visitados en esta excursión y se encuentran vistas tomadas, tanto desde dentro como desde fuera, de los monumentos, y lo mismo de conjunto que de detalle, por lo que nos damos muy buena cuenta de cómo son ahora las ruinas de esos magníficos templos y edificios. Lástima grande que en tantos siglos como han pasado no se hayan podido, no digo superar, sino igualar, las grandezas de aquéllos. Del Partenón de Atenas hay una colección de fotografías como no he visto en mi vida, todas ellas del mayor interés. Muchas que reproducen sólo un detalle de columna o capitel. Parece que estas fotografías de detalle han sido obtenidas, en su mayor parte, por los alumnos de arquitectura, y yo les ruego desde aquí que, cuando llegue el día en que pasen de ser estudiantes a lograr el título de arquitectos y se les presente ocasión de construir algún edificio, se acuerden, por el prestigio artístico de nuestra patria, del Partenón de Atenas y otras obras maestras de arquitectura helénica, mucho más que de los modernismos al uso que tratan de convertir todos los edificios y monumentos en simples figuras geométricas, sin otra grandeza que la de su propio volumen.

Paso ahora a otra sala, llena de gran cantidad de fotografías sin ampliar, en su mayor parte iguales a las ampliaciones ya reseñadas. Llamaron, sin embargo, mi atención algunos detalles de un bajo relieve que, por su forma, recuerda la de las puertas talladas en ma-

dera que sirven de acceso lateral a los coros de nuestras grandes catedrales. Sin embargo, creo que en este caso no se trata de puerta, sino de un magnífico artesonado, y además de talla en piedra. En esta sala veo también un mapa indicando el itinerario seguido en este crucero.

Paso a la sala contigua y se presenta lo primero a mi vista una fotografía ampliada gran tamaño, que es reproducción del ángulo derecho de un gran frontón, en la que se ve también la parte superior de varias columnas con sus capiteles. La fotografía está sacada, como si dijéramos, «a vista de hormiga» y una iluminación adecuada contribuye a darle mayor realce. Es de un efecto muy artístico y llamativo. En esta misma sala, a la entrada y a mano izquierda, se exhibe un cartel artístico, en cuyo ángulo superior izquierdo hay una fotografía de un *touareg* montado en camello, muy interesante. El resto del cartel lo completan un banco pintado a la aguada y un rótulo. Encuentro un solo defecto a las fotografías que he contemplado en esta sala, si es que puede considerarse como tal el que hayan sido hechas al bromo-óleo, que, en mi opinión, está más indicado para los retratos de figuras, que para estas reproducciones de monumentos. Es también de señalar que muchas veces vemos en esta exposición una misma fotografía repetida dos o tres veces; quizás hubiera sido conveniente cuidar un poco este detalle, como también haber suprimido algunas fotografías obtenidas en el «Ciudad de Cádiz» de los participantes de este crucero en diferentes «toilettes» y faenas de la vida de a bordo, que no siempre ofrecen un contenido artístico de primera categoría. También reflejo la impresión que me causaron otras fotografías de algunas lindas excursionistas bailando danzas andaluzas, no por lo que ello en sí representa, sino por el olvido que siempre se nota de los demás bailes populares de nuestro país, la «jota», el «auresku» y la «muñeira», y por lo que esto pueda contribuir, aunque impensadamente, a mantener fuera de nuestras fronteras la leyenda que tanto nos ha perjudicado de la España de pandereta.

Paso de aquí a la última sala, donde todo es de tan buena ca-

tegoría, que cuanto yo pudiera decir sería insuficiente ; no obstante, he de resaltar unas cuantas fotografías dignas del mayor elogio : entre ellas un gran templo de arquitectura helénica, obtenido a la luz de unos reflectores, resulta un efecto del mejor gusto ; otra, que sólo merece citarse por la originalidad de su asunto, es un árbol tan vetusto como el famoso de Guernica, cuyas secas ramas no han servido por esta vez para leña, sino para campanario ; igualmente dignas de mención son unas reproducciones de una bahía, creo que la de Constantinopla : es un estudio de nubes desde los puntos de vista técnico y artístico ; una muy buena vista del templo de Santa Sofía y unos cuantos interiores y calles típicas ; aunque quedan muchas obras dignas de citarse, hago punto final por tener que ajustarme a los límites que me han señalado para este trabajo.

Pintura indigenista peruana

Por Luis E. Arnillas

Manifiéstanse dos tendencias en la actitud que los peruanos de mayor o menor cultura occidental poseen al considerar el problema del indio y su aportación económica, social y cultural en la vida de las Repúblicas indoamericanas. Para algunos, el indio—y lo dicen con fanatismo—es el factor negativo y causa del retraso de estos pueblos; para los otros, el problema indígena está tan íntimamente ligado a todos los otros problemas nacionales, que es imposible resolver estos últimos sin antes haber encontrado una solución para el primero.

A este último grupo pertenece, por ideología propia y por lazos de partido, Felipe Cossío del Pomar, escritor y pintor al corriente de los movimientos artísticos de Europa y que ha aportado algo suyo, en diversas ocasiones, con sus libros y con sus Exposiciones, como la última inaugurada en el Museo Nacional de Arte Moderno.

La mayoría de los tipos caracterizados en sus cuadros son de la región del Cuzco, lugar en que se ha conservado con mayor pureza el espíritu del antiguo Imperio de los Incas. Pero no todos los cuadros retratan al indio de raza pura, pues hay algunos que, teniendo de fondo el paisaje americano modificado por la arquitectura española, nos presenta al tipo mestizo, y por eso, aun cuando los asuntos y los tipos son en sus cuadros casi los mismos—las campiñas agrestes y desoladas de la altiplanicie, los indios de la región cuzqueña en—

vueltos en sus casacas y en sus zamarras—, aparecen poblados de traza española, como la de algún campesino envuelto en su poncho, y algunos ambientes que se encuentran en sus lienzos, de enormes reminiscencias españolistas.

Por eso encontramos en el catálogo títulos de cuadros tales como *Reflejos de España*.

"CRUZ Y RAYA"

Revista de afirmación y negación

Director:

JOSE BENJAMIN

Secretario:

EUGENIO IMAZ

EL ACABOSE

del año, y nuevo de

1934

Almanaque de

' ' CRUZ Y RAYA ' '

SUSCRIPCIÓN ANUAL:

España 30 pts.
Extranjero 40 "

UN EJEMPLAR:

España 3 pts.
Extranjero 4 "

SE PUBLICA TODOS LOS MESES



Trisatin Leo

PROCESOS
SÉPTICOS
E
INFLAMATORIOS

P
FORUNCULOSIS



COMERCIAL IBERO DANESA, S. A. BARCELONA
VIA LAYETANA, 20 - Laboratorio "LEOBYL" - Dtor. Farm.: A. SANROMA

JARES

SASTRE
CAMISERO

PUERTA DEL SOL, 14
TELÉFONO 13507

LA PRIMERA
DE ESPAÑA
EN CAPAS

ESPECIALIDAD EN
GABANES

SASTRERIA

CASA SESEÑA

(HIJO)

ESPECIALIDAD EN TRAJES A MEDIDA
FILIAL DE CRUZ, 30 Y ESPOZ Y MINA, 11

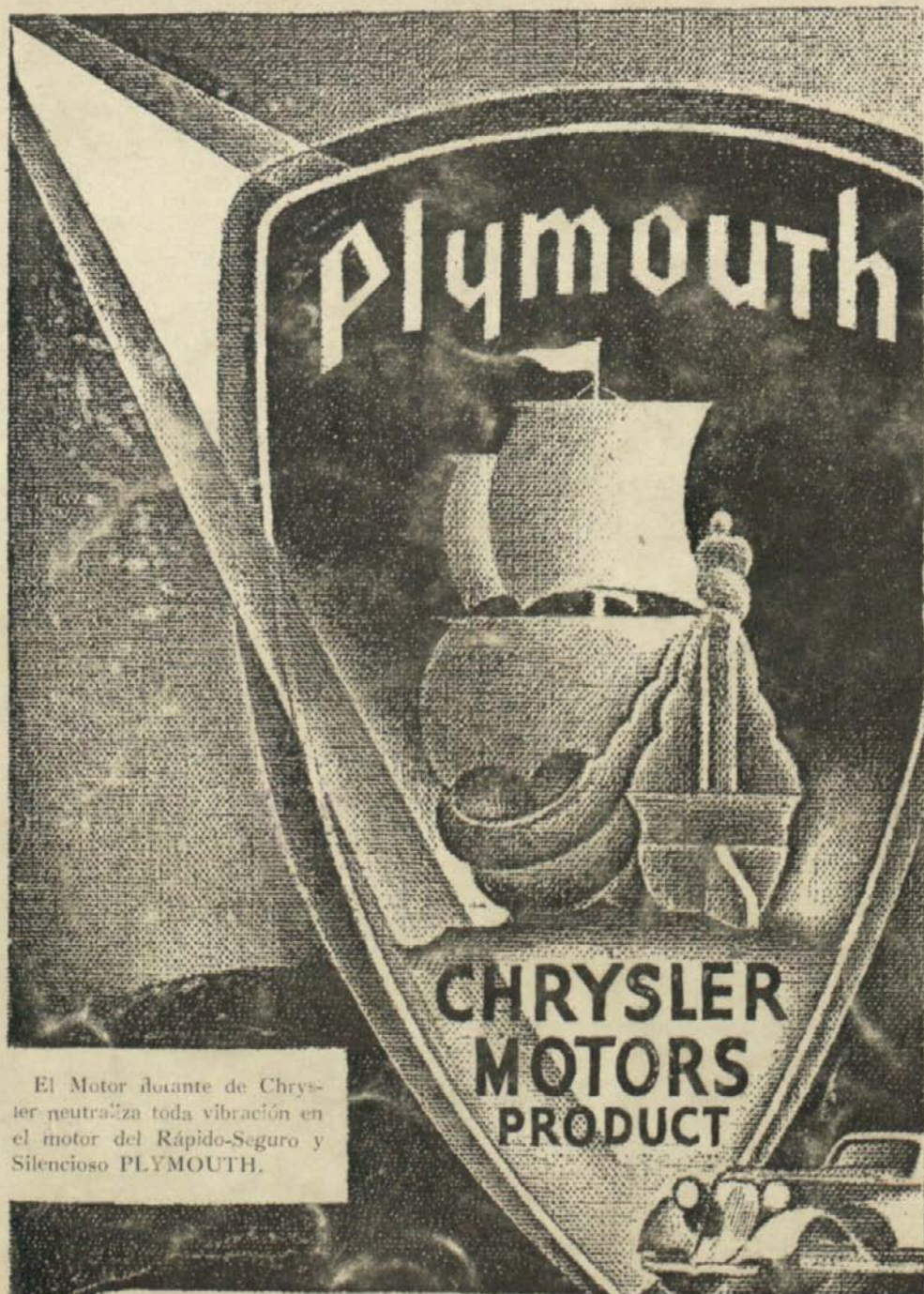


CRUZ, 23
TELEF. 11967

MADRID



0115385601 3856011



El Motor flotante de Chrysler neutraliza toda vibración en el motor del Rápido-Seguro y Silencioso PLYMOUTH.

DISTRIBUIDORES: S. E. I. D. A., S. A.

SALONES DE VENTA:

Pi y Margall, 14.—Plaza de la Independencia, 5.—Génova, 11.

DIRECCIÓN: ESPRONCEDA, 38.